

**COMUNICACION EN LA DECADA DEL 90****8**

Establecer la agenda de comunicación hasta el año 2000 no es tarea fácil. Pero es más difícil ejecutarla. ¡Valga el intento!

Gino Lofredo, Paul Little, Juan Díaz Bordenave, Marco Encalada, Jack Laufer, Attilio Hartmann, Simón Espinosa.

RADIO POPULAR**46**

La radio puede ser llamada popular, participativa, libre, pirata, interactiva. Eso sí, este medio se identifica cada vez más con los sectores pobres-pobres.

Robert White, Tomás Borge, Hernando Bernal, Pedro Sánchez, Eduardo Vizer, David Landesman.



ENTREVISTA A: FRANCOIS NORDMANN UNESCO - PIDC Juan Braun	42
RADIO, MITOS Y LEYENDAS Francisco Ordóñez	68

NOTICIAS	2
NUEVAS TECNOLOGIAS	4
ACTIVIDADES DE CIESPAL	6
LIBROS	71

Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión de CIESPAL o de la redacción de CHASQUI.

Carta del editor

La década del 80 —la década perdida según muchos científicos sociales— se caracterizó por la dispersión de los comunicadores tercermundistas, la falta de nuevas teorías e investigaciones y la ausencia casi total de financiamiento substancial para los proyectos progresistas, los que producen cambios estructurales, dan resultados y ayudan a los pobres-pobres. Claro, hay un retorno a la Democracia pero dentro del marco de una feroz Deuda Externa. Y aparece el SIDA.

La década del 90 debe ser diferente ¡No más retro-

cesos! Los comunicadores tienen que ayudar atacando los temas centrales que destruyen nuestras culturas: Deuda externa, ecología, narco-droga; apuntalando las frágiles democracias, los derechos humanos; utilizando mucho mejor la comunicación popular y alternativa y las nuevas tecnologías. Hay que establecer una agenda de trabajo. Agruparse. ¡La unión hace la fuerza!

¡Feliz década!

Juan Braun

DIRECTOR: Asdrúbal de la Torre. **EDITOR:** Juan Braun. **ASISTENTE DE EDICIÓN:** Wilman Sánchez. **COMPOSICIÓN:** Martha Rodríguez. **DISEÑO:** Fernando Rivadeneira. **PORTADA:** Jaime Pozo. **IMPRESO:** Editorial QUIPUS. **COMITÉ EDITORIAL EJECUTIVO:** Jorge Mantilla Jarrín, Peter Schenkel, Edgar Jaramillo, Fausto Jaramillo, Gloria Dávila, Lucía Lemos, Jorge Merino. **CONSEJO ASESOR INTERNACIONAL:** Luis Beltrán (Bolivia); Gian Calvi (Brasil);

Reinhard Keune (Alemania Federal); Humberto López López (Colombia); Francisco Prieto (México); Máximo Simpson (Argentina); Diego Echeverría (Chile). Servicios Especiales de IPS. Chasqui es una publicación de CIESPAL que se edita con la colaboración de la Fundación Friedrich Ebert de Alemania Federal. Apartado 584. Quito-Ecuador. Teléfono: 544-624. Telex: 22474 CIESPL ED. FAX (593-2) 524-177.

La iglesia del pueblo

La propuesta "religiosa" ha sido una componente cultural, socio-política e histórica desde que apareció el "Homo Sapiens". Así, no es nada extraño que en una publicación "laica" como CHASQUI, aparezca un comentario sobre los caminos de una institución religiosa de dos mil años. Se comentará, concretamente, desde y sobre la Iglesia católico-romana, una de las primeras que sistematizó la propuesta abierta de Jesús, un judío, hijo de una mujer aldeana de una Palestina invadida y explotada por el imperialismo romano de entonces y la lucha entre teólogos ortodoxos y de la liberación y una agenda para el futuro.

Además de la Iglesia católico-romana a lo largo de la historia fueron apareciendo varias otras denominaciones cristianas y, más recientemente, surgieron minúsculos grupos a veces restringidos a un clan familiar que rescatan y sistematizan la propuesta de Jesucristo y se congregan en comunidades para vivir y celebrar su fe. Cada una de estas instituciones tiene su propia práctica religiosa y cültica, su ideología y su definición socio-política.

No se piensa aquí hacer historia, pero sí intentar un acercamiento al fenómeno —que es también un fenómeno comunicacional— de lo que suele llamarse "Iglesia Católica Apostólica Romana", una institución fuertemente jerárquica, interpretando la afirmación bíblica de que "todo el poder viene de arriba". El signo de la unidad es a nivel mundial (hay por lo menos alguna forma de presencia institucional en todos los países del mundo) el Papa y a niveles locales (diócesis), los obispos. "Representan" la institución eclesial, primeramente el Papa, siguen los obispos y con menor poder, los sacerdotes y religiosos. Los creyentes son más bien "consumidores de los bienes de la fe" y no participan efectivamente en las decisiones de esta sociológicamente "extraña" comunidad.

Está gobernada por hombres; las mujeres tienen voz —y alguna vez la han alzado— pero no poder decisorio y en los actos de culto, son como católicos de escalón secundario.

Nadie puede negar la trascendente contribución de la iglesia como institución inspiradora desde la fe, el arte, cultura, organización comunitaria, defensa de los derechos fundamentales de las personas (pese a que, en este campo, tiene en su historial violentas y sangrientas transgresiones, como el episodio de la llegada de los primeros españoles y portugueses a este continente) la lucha por la justicia y las propuestas por relaciones pacíficas entre los pueblos.

En el presente siglo, el evento de mayor importancia para los rumbos de la Iglesia ha sido la realización del Concilio Vaticano II que fue traducido para la realidad latinoamericana en dos foros: La Conferencia de Obispos en Medellín (1968) y la Conferencia de Puebla (1979). La figura del Papa Juan XXIII —"el hombre del Concilio"— seguramen-

te el Papa más carismático del siglo y que "sintió" la necesidad de abrir las seculares y polvorientas ventanas de la Iglesia para que pudiera responder a los nuevos retos de la historia y ofrecer, desde la propuesta de Jesucristo, una contribución real y actual para que el mundo justo y fraterno, soñado por Jesús hace dos mil años —que todos sean uno, como lo somos tu y yo— pudiera hacerse realidad.

PUEBLO - FE - VIDA - LIBERACION

En este espacio que abría perspectivas realmente interesantes, con amplias posibilidades de participación en los procesos de la vida eclesial a todos los niveles, para hombres y mujeres, surgió en América Latina una corriente de práctica y reflexión desde la fe y para una mayor y más auténtica vivencia de la misma fe, que rechaza la dicotomía entre Fe y Vida y busca más bien iluminar todas las dimensiones de la Vida humana desde una propuesta y una práctica de Fe. Sin negar la importancia de una organización institucional/eclesial, esta corriente rescató la constante fresca de las primeras comunidades cristianas, vuelve a estudiar los textos bíblicos y traducirlos para el hoy de la gente y de la historia, sistematizó la praxis de la fe de las bases populares, propuso una vivencia de la fe desde las culturas locales autóctonas y valoró y enriqueció aún más las expresiones religiosas de la gente del pueblo.

Hija de la apertura conciliar de color y sabor latino, esta corriente develó inmediatamente las muchas formas de opresión y explotación que vivía —y vive— el pueblo latinoamericano. Y lanzó el grito: **¡Dios no puede querer eso para sus hijos!** Los teóricos de la corriente fueron sistematizando la práctica, empezaron a surgir publicaciones, los encuentros se fueron multiplicando, los cristianos-católicos comenzaron a reunirse fuera de los momentos de culto para leer y reflexionar sobre la Biblia (antes una prerrogativa y preocupación de las Iglesias protestantes), la propuesta de Fe se fue aproximando más y más de la realidad de sus vidas (sufridas); el pueblo volvía a ser sujeto de su fe.

Desde la creencia en un Dios que en la Biblia se revela liberador, esta corriente busca ayudar al pueblo creyente a contribuir para la liberación de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas y opresivas. También por eso se la llama a esta corriente de "Teología de la liberación".

Attilio Hartmann, brasileño. Es Secretario Ejecutivo de la Asociación Católica Latinoamericana para la Radio, Televisión y Medios Afines, UNDA-AL.

Pero, en la medida en que esta teología fue ayudando a la gente a crear conciencia de sus derechos, de la necesidad de organizarse también como grupo social y con fuerza política, empezó a cosechar lo que el pueblo siempre cosechó: Persecución, opresión, vilipendio. Los adeptos —o adictos— de la teología tradicional, europea, le niegan el “status” de ciencia (¿podrá, del tercer mundo latinoamericano, venir una corriente teológica significativa y auténtica?); los que se sintieron perjudicados en sus intereses económicos y políticos —no es fácil dominar, explotar y oprimir un pueblo consciente de su historia y participante en los procesos sociopolíticos— empezaron a llamarla corriente **marxista-comunista** (tendrán que mudar de táctica: El “diablo rojo” ya no está tan diablo y el rojo le gusta a mucha gente...); los aliados del poder y de los poderosos, de adentro y de afuera de la Iglesia, se sentían muy “incómodos”, por decir lo menos. Y para muchos, solo en pensar en una Iglesia-Pueblo, una Iglesia participativa, una Iglesia de corte democrático significaba la muerte de la institución.

LA ORTODOXIA CONTRAATAACA

La reacción no se hizo esperar. La propuesta conciliar de una Iglesia Pueblo de Dios está en decadencia. Por todas partes se orquesta la vuelta a la ortodoxia (como si no fueran ortodoxos los que rescatan el Dios de la Biblia), la vuelta a la gran disciplina (como si no fueran disciplinados los que luchan y mueren por la justicia y por la dignidad del hombre y de los pueblos). Piedra sobre piedra se va reconstruyendo la pirámide. Los nombramientos de obispos revelan la clara tendencia a reforzar el cuadro “confiable” de jerarcas que “garanticen” la fidelidad a la institución, con la obediencia a sus leyes y códigos. En vez de la Biblia — Palabra de Dios— se insiste en oraciones de tipo personal y repetitivo. En vez del trabajo en y con las comunidades, especialmente con los pequeños núcleos de base popular - comunitaria, se busca “evangelizar” electrónicamente con millonarios programas a través de medios masivos y difundir la voz oficial por conexiones satelitales que cubren el mundo.



La iglesia debe mirar desde la realidad del pueblo

DOS IGLESIAS

En este momento, hay dos concepciones claras de ser Iglesia y de vivir la fe: Una que mira desde lo alto de la pirámide, legalista, ritualista, estática, miedosa, creadora de fantasmagorías, pesada, triste, cumplidora de preceptos que vienen más bien de la institución; otra que mira desde la realidad del pueblo, en la dinamicidad histórica, una Iglesia profética que no tiene miedo de los riesgos de todo orden, una Iglesia-comunidad, participativa, que celebra los hechos significativos del y para el pueblo, una Iglesia servidora de los procesos culturales y sociales que llevan a la realización de la utopía de un tiempo nuevo de hombres y mujeres justos y fraternos.

LA IGLESIA DEL AÑO 2000

Si miramos a la institución eclesial tal como se presenta en su proyección actual, alguien podría preguntarse: ¿Cuál podría o debería ser la propuesta de una institución como la Iglesia para que sea un servicio real a la comunidad humana? Y si hablamos de “comunidad humana” es porque esta es su misión, esta es su propuesta original, es su razón de existir. La Iglesia no es para sí misma, para sus fieles, para su cuerpo; es “Ad Gentes”, para la gente, para todas las gentes. Y si se autodefine como una institución al servicio de todas las gentes su catolicidad tiene que estar inserta en la realidad y existir en función de esa realidad. Se vive un tiempo en que la sociedad se hace cada día más cerrada, menos comunicativa, menos relacional. La dimensión lúdica, expresión natural y propia de la esencia de la constitución humana, es consumida, no vivida, no participada. Los grandes medios masivos, especialmente los electrónicos, hacen esfuerzos por llevar a una participación en lo lúdico, pero siempre es una participación simbólica, no real. Las relaciones inter e intra personales se deterioran más y más, también en los ambientes familiares y de relaciones de amistad. Es un hecho, no se puede negar.

Dentro de este contexto ¿Cuál puede y debe ser la propuesta de la Iglesia en su organización, en su vida y, principalmente, en sus celebraciones? La Iglesia para el año 2.000 o será una Iglesia de pequeñas comunidades, pequeños núcleos de fe y de vida cristiana, o perderá su razón y sentido de existir. Desde la fe en el Señor Jesús, debe ofrecer a la comunidad humana un espacio en donde la gente pueda encontrarse, relacionarse como personas, con alegrías y tristezas, ilusiones y esperanzas, gente real comunicándose con gente real. Y en sus celebraciones, ofrecer el necesario espacio lúdico que le permita a la gente sentirse “alguien”, expresarse como “alguien”, un ser en relación, en comunicación. Lo que deberá distinguir a los verdaderos creyentes en el Señor Jesús no será tanto su adhesión personal, tampoco el cumplir con ritos y preceptos, sino más bien su incorporación en una comunidad y desde la comunidad iluminar todo su ser, su existir y su actuar hacia una sociedad. En eso se distinguirá esencialmente de la llamada iglesia electrónica, cuyo signo es, por definición, la adhesión individual, la no-comunidad. Viviendo y proporcionando este espacio comunitario la Iglesia no será original: Sencillamente estará volviendo a sus raíces y rehabilitando su propuesta primigenia de hace dos mil años en donde los hermanos tenían todo en común, compartían sus bienes con alegría. ■